



LA ÉTICA EN LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Profesor Jordi Cervós

En primer lugar es preciso aclarar que la ética en la investigación científica es la misma ética que debe regir el comportamiento que corresponde a los valores inherentes a la persona humana. Con esto querría hacer hincapié en el hecho de que los científicos no pueden exigir una ética distinta, por así decir hecha a su medida y dependiente de las circunstancias, como pudieran ser por ejemplo los avances científicos. Hay una tendencia a considerar que la moral que nos ha sido transmitida por la tradición no puede seguir vigente si se tienen en cuenta los cambios que la sociedad ha experimentado a consecuencia de nuevos conocimientos científicos, sociológicos y políticos. Se podría decir que nuestros abuelos, en el caso de personas más jóvenes bisabuelos, se portaban bien porque no podían hacer otra cosa. Si se tienen en cuenta las atrocidades que han ocasionado las guerras desde la antigüedad hasta nuestros días más recientes, la existencia de una constante en la agresividad humana, en la violencia doméstica, en los altercados entre vecinos, a veces en la misma familia, en la escuela etc., es evidente que los mismos defectos que tenemos nosotros los tenían también nuestros abuelos y bisabuelos. Siempre ha habido delitos y siempre ha habido cárceles y siempre ha sido necesario luchar contra la delincuencia. Si nuestros antepasados se portaban bien no era porque no podían portarse mal. Y si nosotros nos portamos mal no es porque no nos podamos portar bien.

Sin embargo es imposible negar que los tiempos han cambiado. Que los tiempos cambian no es nada nuevo. San Agustín decía que los tiempos se llaman tiempos precisamente porque cambian. Pero la persona humana y su dignidad no cambien con el tiempo, con la moda o, por así decir con lo que todos consideran bueno o malo. Entre los cambios más importantes que se han producido, en el sentido de que pueden generar conflictos éticos, hay que tener en cuenta los nuevos conocimientos técnicos, biológicos y sociales. Aunque desde un punto de vista sistemático podría diferenciarse entre estos tres aspectos, las cuestiones éticas que plantean los tres están tan relacionados entre sí, que preferimos tratarlos conjuntamente en los distintos campos y situaciones en los que tienen una importancia relevante.

Los conocimientos sobre la fisiología de la reproducción, que han llevado a una revolución en el reino animal y vegetal, se han aplicado con frecuencia o por lo menos por muchos científicos a la reproducción humana ignorando e incluso negando tácitamente la dignidad de la persona humana que la diferencia de los otros seres vivientes. Cuando esto ocurre, es decir cuando se pierde o no se acepta la existencia de un hecho diferencial que determina la persona humana, es evidente que se pierden los principios fundamentales de la ética. Esto se manifiesta también en una falta de honradez en las conclusiones científicas. Cuando se quiere justificar el aborto se niega que el embrión humano tenga alguna relación con la persona humana. Para ello se le inventan incluso palabras como preembrión que no tienen ninguna justificación científica pero permiten estable-



cer cómodamente un espacio de tiempo en el que se pueden tomar medidas abortivas. Sin embargo científicamente sabemos que toda la información es decir el plan vital de lo que será el individuo está ya en el cigoto, después de la fusión del espermatozoo con el óvulo. Es algo verdaderamente cínico que investigadores que nunca se han preocupado de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, o que incluso la han combatido abiertamente, vayan a desempolvar errores científicos de los tiempos en que no se conocían los mecanismos fisiológicos de la reproducción, aduciendo que según Santo Tomás la animación del feto tendría lugar en el tercer mes del embarazo. Es una actitud hipócrita en la que se pretende mantener una valoración de la dignidad humana y al mismo tiempo aceptar prácticas que van contra esta dignidad. Es evidente que estas posiciones ambiguas son especialmente peligrosas porque el público, también el público científico, las acepta ingenuamente. El efecto es especialmente nefasto cuando también los legisladores caen en este error que queda reflejado en leyes que olvidan o niegan la dignidad de la persona. ¿Cómo va a comprender una persona con una formación poca o nula en lo que es la persona humana, que es malo abortar, si la ley lo permite y la seguridad social financia el aborto como si el embarazo fuera una enfermedad? Es importante hacer hincapié en el hecho de que no se trata sólo de un mal uso de conocimientos científicos, sino también de la pérdida o negación de los valores sociológicos que han sido aceptados sobre todo en el mundo cristiano. Esto no quiere decir que en este mundo cristiano no haya habido abortos. Siempre los ha habido. Siempre ha habido el seductor de la criada de la casa que le ha dado dinero para que fuera a una determinada vieja (siempre las ha habido también) para que abortara. Pero quizá había algunos hechos diferenciales fundamentales, no sólo el que no se considerara legal si no, sobre todo, que la mujer se resistía y tendía casi siempre a defender el fruto de sus entrañas. Mientras tanto hemos asistido no sólo atónitos sino también con una profunda tristeza a un cambio de mentalidad de la mujer. Es un cambio manipulado por los medios de comunicación, no sólo por la televisión aún que esta es la que más salta a los ojos. Yo recuerdo perfectamente cuando el año 1970, en un tiempo en el que prácticamente todo los médicos rechazaban el aborto, que prácticamente en todos los países era ilegal y que en el caso de que una mujer hubiera abortado lo ocultaba avergonzada, de pronto salió un artículo en una revista alemana: Stern, en la que 100 mujeres del mundo de la política, del arte y de los negocios declaraban: yo he abortado. Fue el comienzo de una campaña sutil pero brutal, con el fin no sólo de inducir a otras mujeres al aborto si no sobre todo de legalizarlo.

La situación actual se podría considerar menos anormal en tiempos anteriores al cristianismo. Conocemos la carta de un comerciante egipcio que estaba de viaje y escribía a su mujer que iba a dar a luz durante su ausencia, que si nacía varón lo criara bien y si era niña que la echara a los puercos. Parece un hecho histórico cierto, el que los espartanos al nacer un niño lo dejaban una noche a la intemperie para que si era débil se muriera y sólo existiera si era fuerte y resistía. Pero no hay que ir a tiempos históricos tan lejanos, en el siglo pasado hemos visto en Alemania como un sistema de gobierno implantado democráticamente y aceptado por la gran mayoría de la población, practicaba la eugenesia eliminando los pacientes psiquiátricos o con enfermedades hereditarias. Esto ocurría en un régimen que negaba los principios cristianos—para los nazis el



sentimiento de culpa era una de las perversiones semíticas que había que erradicar. Lo triste es que después de que se necesitara una guerra mundial para hacer desaparecer la ideología nazi anticristiana con su legislación inhumana, ahora sin negar abiertamente los valores del cristianismo, se está introduciendo como de soslayo una legislación y unas prácticas completamente anticristianas.

Una vez negada la dignidad de persona al embrión e incluso al feto humano hasta el momento de nacer, no puede sorprender que se esté hablando de células madres embrionarias humanas, como si se tratara de una mercancía. También en este punto llama la atención la falta de honradez científica. Por una parte se silencia que se pueden obtener células madre sin necesidad de recurrir a embriones humanos. Por otra parte, se presenta la utilización de embriones humanos como un gran remedio para gran número de enfermedades, por ejemplo la enfermedad de Alzheimer. Yo que he dedicado gran parte en mi vida al estudio de esta enfermedad y sigo al corriente de la investigación sobre la misma, puedo afirmar no sólo que no se ha curado ni a un solo enfermo de Alzheimer con células madre, sino también que nadie puede explicar cómo habría de ser una terapéutica de dicha enfermedad con células madre.

El colmo del cinismo es que se justifica el empleo de las células madres del embrión con el argumento de que así se utilizan los miles de embriones congelados. Es decir, que se discute no el hecho de la fecundación artificial que da lugar a la existencia de los embriones congelados, sino que se presenta como una solución el utilizar dichos embriones para la obtención de células madre. Y todo esto se presenta en los medios de comunicación como algo sensacional: nuevo, moderno y progresivo.

El problema es que no sólo los periodistas van a la caza de sensaciones, sino que también muchos, o por lo menos algunos científicos, no pueden resistir la tentación de salir en los periódicos como autores de descubrimientos que ni tan siquiera existen. Un ejemplo patente lo hemos tenido recientemente con el descubrimiento del fraude del científico del coreano Hwang Woo-suk que había anunciado la clonación de un ser humano. En el pico de su popularidad era considerado un héroe nacional. Sus colegas lo catalogaban como un pionero en su campo; los políticos recompensaban sus avances con dinero en efectivo. Miles de personas se suscribirán a un grupo online de devotos del genio. Algunos hasta decían que estaba realizando el trabajo de Dios. Sin embargo, a finales de 2005 y después de una serie de revelaciones sobre la falsificación de sus experimentos, una comisión oficial surcoreana afirmó en enero de este año que el científico falsificó todos sus estudios y resultados. El resultado ha sido un clamor universal condenando el fraude científico. No deja de ser triste, por reflejar la situación de los principios éticos en este campo de investigación, que las protestas y el escándalo se refieren al hecho de que se haya engañado al mundo científico mientras que lo verdaderamente importante que es la manipulación de la vida humana se considera como algo normal.



La ONU lleva cuatro años tratando de ponerse de acuerdo sobre cómo afrontar el peligro de la clonación de individuos. El resultado ha sido hasta ahora un sonoro fracaso. El pasado mes de febrero un comité de la ONU acordó pedir a los gobiernos de todo el mundo que se prohíba cualquier forma de clonación humana, pero nada más anunciarse la nueva resolución varios países aseguraron que ignorarán la decisión. Aunque todos los miembros del Comité estaban de acuerdo evitar la clonación reproductiva, los distintos países tenían una idea diferente sobre que debería permitirse. Mientras que un grupo de naciones consideran inmoral todo tipo de clonación, incluida la terapéutica, precisamente Corea del Sur defendía la necesidad de permitir que los científicos puedan aprovechar las posibilidades que ofrece en el tratamiento de enfermedades incurables. Como es lógico tampoco aquí se ponían ejemplos bien definidos con excepción, como siempre, del Alzheimer, que parece ser el comodín con el que se quiere justificar todo. Como todos tienen en la familia o entre sus amigos de cierta edad casos de Alzheimer, resulta fácil embaucar a los ingenuos.

La vanidad del científico, sin que sea en su naturaleza distinta a cualquier vanidad humana, se manifiesta con una intensidad tanto mayor cuanto más es la importancia que se da a los descubrimientos científicos. Es verdaderamente deprimente como científicos que han aportado nuevos conocimientos de gran importancia y que significan una gran ayuda a muchas personas enfermas o evitan que personas sanas contraigan una enfermedad determinada, luego se insulten mutuamente y discutan cuando ambos se atribuyen la prioridad del descubrimiento científico. Muchas veces estas discusiones se llevan a los tribunales, como ha sido el caso en la discusión sobre la prioridad del descubrimiento del agente causante del sida. Pero muchas veces no se trata de grandes descubrimientos sino de los resultados de un trabajo de investigación sobre un objeto que probablemente nunca será noticia en la prensa.

Hay una serie de factores, dejando aparte el sensacionalismo y la vanidad, que contribuyen a que el científico muchas veces falte a la honradez. Uno de ellos es una cierta inflación en la producción científica. Ya hace años me ocurrió lo siguiente: se venía discutiendo si las arteriolas es decir las vasos más pequeños del cerebro que todavía tienen una capa muscular en su pared, (después vienen ya los capilares en cuya pared no hay células musculares), se regulaban sólo metabólicamente o también por una inervación. No voy a entrar en detalles pero tuve la suerte, quizá sobre todo por la paciencia de mis ayudantes técnicas, de encontrar finalmente estos nervios. Por ese tiempo estaba un neurocirujano de Denver en Berlín y fue de los primeros que se enteró de mi descubrimiento. Lleno de entusiasmo cuando llegó a Estados Unidos lo contó a sus colegas y me invitaron al Congreso de la Sociedad Americana de Neurocirugía que tenía lugar en Los Ángeles. Hice el viaje, di mi conferencia y a la vuelta pasé por Baltimore para visitar un colega amigo, que trabajaba también en problemas de la micro circulación cerebral. Cuál fue mi sorpresa al comprobar que él, con una diferencia de tres semanas, había hecho el mismo descubrimiento que yo. Es decir, que la sociedad americana se hubiera ahorrado un costoso vuelo de Berlín a Los Angeles, si hubiera invitado a presentar los resultados a mi colega de Baltimore. Esta anécdota pone de manifiesto no una falta de honradez pero si una inflación de resultados y de científicos que tra-



bajan sobre un mismo campo. Y es esta inflación la que puede llevar fácilmente al investigador a modificar, para no utilizar la palabra falsear, sus resultados para poder publicar lo más pronto posible. No se trata sólo de un problema de prioridad, del que hemos hablado antes, si no de la necesidad imperiosa de presentar resultados para seguir recibiendo dinero para la investigación. Es lo que en USA se expresa con la frase "publish or perish". Algunas veces se ha dado el caso de que un investigador ha enviado un trabajo a una revista, que le ha sido devuelto con la indicación de que no es apto para la publicación. Unos meses más tarde encuentra con sorpresa en otra revista de la misma especialidad un artículo en el que tanto los métodos como los resultados son prácticamente idénticos a los que el mandó a la otra revista. Aunque le resulte difícil probarlo, es evidente que alguno de los críticos anónimos del trabajo que él había mandado a la revista, lo había rechazado y además copiado.

Aunque esta falta de honradez de los investigadores en áreas que no pueden considerarse como conflictivas podría parecer un problema de segundo orden, que sólo daña los derechos de autor no lo es, pues el investigador que no es honrado en la publicación de sus resultados, probablemente tampoco respetará los principios éticos en los problemas en los que se exige el respeto a la dignidad de la persona humana.

Hemos hablado antes de los comportamientos faltos de ética con los que nos enfrentamos en el campo que atañe al comienzo de la vida. Queremos ahora comentar los conflictos que se presentan en el otro extremo de la vida, es decir en la muerte y en la forma de morir. Aunque podría parecer que en este campo es más difícil la confusión, pues no se trata de definir si estamos frente a una persona humana o a un conjunto de células a las que se les niega tal dignidad. En la eutanasia lo que se discute es si se puede matar un ser humano o por lo menos manipular de alguna forma la muerte. He dicho ser humano y no persona humana porque también aquí el problema está en aceptar o no una dignidad específica de la persona humana, que es inalienable. Si se reconoce dicha dignidad es evidente que no puede haber vidas humanas tan empobrecidas de calidad, biológica o existencial, tan carentes de sentido, que sería justo y digno ponerles fin.

La justificación de la eutanasia se ha ido introduciendo y se sigue introduciendo de una forma soslayada, pero perfectamente programada. Al principio se da especial importancia a la posibilidad de terminar con los sufrimientos del paciente, que se describen a todo color como dolores continuos e inaguantables. Con falta de honradez científica se nos presentan datos de encuestas, que se hacen de sopetón a los transeúntes con preguntas de respuesta inducida usando un lenguaje manipulado. Se pregunta por ejemplo si prefería morir con dolor o sin dolor, etc. En una segunda fase se pasa a lamentar la existencia de una vida inútil por vejez avanzada o enfermedad incapacitante que se convierten en cargas de las que sólo la eutanasia puede liberar. Se nos presentan con toda profusión casos de pacientes que claman que se les libere de su situación inhumana.



Recuerdo muy bien un caso en el que se pone en evidencia lo falso que es el considerar como un derecho a la autonomía del paciente el pedir dicha liberación. Durante las vacaciones visité a un colega que estaba veraneando en el Tегersee, un lago encantador de los Alpes bávaros. Mientras tomábamos una cerveza en un restaurante se nos acercaron a saludarnos un muchacho y su hermana, ambos estudiantes de medicina. Cuando se marcharon mi colega comentó que había estudiado medicina con la madre de los estudiantes. Se trataba de un caso trágico. Era una profesional muy competente a la que además le gustaba mucho la equitación. Sufrió una caída del caballo con una lesión de la médula espinal cervical que la había dejado parapléjica, es decir que no podía mover los brazos ni las piernas y no se podía valer para nada por sí misma. Es el caso clásico que se nos presenta como justificante de la eutanasia. En efecto la madre de los hermanos pedía insistentemente que terminaran con su vida. Ocho años más tarde celebrando el cumpleaños de un amigo me encontré con un médico que provenía de la misma ciudad que la accidentada. Le pregunté si había conocido a dicha colega. Mi sorpresa fue grande cuando me dijo que se trataba de su hermana. Con mucha prudencia pregunté que había sido de ella. Mi sorpresa fue todavía mayor cuando me dijo está muy contenta tiene un coche furgoneta en la que meten la camilla y viaja para ver a sus hijos y nietos, con los que se divierte mucho. Yo entonces comenté que parece ser que al principio ella no quería seguir viviendo. El se rio y me contó que hace poco había tenido una infección renal y estaba asustada por qué podía ser grave e incluso poner en peligro su vida. Una mujer que ocho años antes pedía que la mataran y ahora tenía miedo a la muerte!

Podría poner aquí también el caso típico de una enfermera que después de un desengaño amoroso intentó suicidarse, cosa fácil teniendo en cuenta que puede acceder a medicamentos que en dosis altas provocan la muerte. Afortunadamente se le hizo un lavado gástrico y al recuperar el conocimiento exclamó horrorizada ¡ y pensar que hubiera podido morir!. Como es lógico estos casos se silencian por parte de los activistas pro eutanasia. Pero estos y otros muchos casos muestran que es falso ceder cuando una persona pide que se le ayude a terminar con su vida, pues en muchos casos se trata sólo de una fase de depresión reactiva frente a una situación difícil. No me refiero ahora a expresiones ligeras y a mi entender de mal gusto cuando una persona dice por ejemplo: a veces preferiría morir o bien lo mejor sería morirme, que nadie y mucho menos la persona que lo dice toma en serio. Me refiero verdaderamente a una petición angustiada de que se libere de la vida a alguien que sufre intensos dolores o que se encuentra incapacitado físicamente y sin ganas de seguir viviendo. Sin embargo se trata de personas, de seres humanos básicamente iguales a cada uno de nosotros merecedores por eso de la misma consideración y respeto, aunque ellos lo hayan perdido frente a sí mismos. Por ello la actitud no sólo ética si no sencillamente realmente humana es ofrecer apoyo, consuelo y conseguir que la persona que sufre se de cuenta del valor que puede tener este sufrimiento. Para los cristianos que viven su fe, la asociación de los propios dolores o situaciones desesperadas a los sufrimientos de Cristo en la cruz es el camino que siguen muchísimas personas, de las que nadie habla porque sólo las personas más allegadas a ellos se dan cuenta y por qué no se dedican a hacer propaganda como lo hacen algunas personas, muchas veces manipuladas por los medios de comunicación que los utilizan para



promover la ideología de la eutanasia. Pero también para personas que no tienen fe, es sorprendente ver cómo reaccionan positivamente cuando se les hace ver el sentido que tiene toda vida humana, también la suya, pues no hay vida por miserable que parezca que no haya tenido sus momentos de alegría y satisfacción

El problema está cuando se considera que hay vidas humanas tan empobrecidas de calidad, biológica o existencial, tan carentes de sentido, que sería justo y digno ponerles fin. Para ello es preciso ignorar la dignidad de la persona humana en sí misma, independiente de los éxitos o fracasos, de los logros o de los fallos que es lo que una sociedad hedonista parece únicamente valorar. Además hay que rechazar por anticuado, o por lo menos relativizar la vigencia del quinto mandamiento del decálogo: no matar. Como comenta el doctor Gonzalo Herránz, una autoridad reconocida mundialmente en el campo de la bioética: la eutanasia hace daño a los que en ella intervienen, a los que la observan, a los que les llega la noticia. El médico que aplica la muerte a uno de sus pacientes queda marcado. Porque una de dos: o reconoce que cometió un error y se arrepiente irrevocablemente, y entonces se salva, o considera que ha hecho una buena obra, y entonces ya no puede dejar de hacerla. Entra en una bolsa de arena movediza, que lo va tragando lenta pero inexorablemente. Lo que comienza siendo una eutanasia en casos excepcionales se convierte para ciertos pacientes en un derecho exigible a la muerte dulce; para los allegados, es una invitación tentadora a verse libre de preocupaciones y molestias; para ciertos médicos es un recurso sencillo, que ahorra tiempo y esfuerzos..

Una última fase se alcanza con la eutanasia involuntaria. El médico llega a concluir que es irracional el deseo tácito o expreso, de ciertos pacientes de seguir viviendo, pues tienen por delante de sí una perspectiva de vida detestable y abusiva. El deseo de seguir viviendo de esos pacientes es un deseo injusto, que provoca un consumo irracional de recursos económicos y humanos. Se acaba expropiando al paciente de su libertad de escoger seguir viviendo.

La experiencia holandesa muestra de modo evidente que, en materia de eutanasia, es imposible poner límites legales a los potenciales abusos, nacidos de la compasión de los médicos, de la fatiga de la familia, del desgaste de los mecanismos de control. La enseñanza que nos viene de dicha experiencia es que la eutanasia no completa la medicina sino que la sustituye e incluso destruye. La falta de ética del investigador y del médico es reflejo de la falta de ética general, ética que parte del reconocimiento de la dignidad de la persona, tanto del médico como del paciente.

Muchas gracias